

ENTREVISTA

Josep Maria Romero, viajero

Se define nómada de corazón y afirma que su única patria es el camino

No aparece en la lista Forbes de las personas más acaudaladas, pero es inmensamente rico. Tiene un tesoro y sabe emplearlo: tiempo. Escritor y filólogo, recorre la Tierra desde muy joven, compaginando trabajos como guía con el redescubrimiento de que “cuanto más viajas, más te das cuenta de que no sabemos nada unos de otros”.

A finales del año 2001, inició una vuelta al mundo con espíritu vagabundo, sin mapas, sin calendarios y sin volar, porque quería “sentir cada kilómetro, y los aviones arruinan la distancia”. Se embarcó en buques cargueros y huyó del turismo masificado. Siempre el oeste (ALTAIR, 2009), su octavo libro, es la crónica de aquella aventura tan íntima como apasionante.

– Para un viaje así, ¿hace falta mucho dinero, o huir de algo?

– Ni lo uno ni lo otro. El viaje es un modo de vida. Cuando tenía diecinueve años, me fui a la India. Desde entonces, necesito los viajes para recordar que las cosas cambian. El sedentario que no tiene la sabiduría necesaria corre el riesgo de creer que lo único que existe es lo suyo, aquello que lo rodea, alejándose de la realidad de la vida, que no es otra cosa que el cambio. El cambio constante.

– Cierro los ojos y percibo la calma del desierto del Gobi. Sin embargo, solo lo conozco por libros como el suyo. ¿Debería viajar más y leer menos?

– No tengo una respuesta para eso. Cada uno tiene su vehículo, su forma de aprender, de sentirse más próximo a la realidad. No todos tenemos que ser nómadas, el mundo también necesita sedentarios. Se puede viajar, por ejemplo, con un libro o con un cuadro. También se puede alcanzar la plenitud cuidando de tu familia, sin la necesidad física de irte.

Dio la vuelta al mundo en 437 días dirigiéndose siempre al oeste, sin prisas y sin subirse a ningún avión. Al terminar se preguntó: “¿Y si volviera a comenzar?”

– ¿Es Google el nuevo Marco Polo? ¿Internet acabará con la magia del viaje?

– Siempre habrá magia si el corazón te guía, y más si se utiliza el viaje como un instrumento de aprendizaje, para crecer. Internet es solo una herramienta, como el teléfono. Arremeter contra ella es como decir que se ha perdido la autenticidad porque ahora no se va a caballo y se viaja en avión...



El escritor con sus anfitriones en el pueblo polinesio de Tautira, en la isla de Tahití.

– Pero usted no cogió ni uno a lo largo de su vuelta al mundo.

– No, durante catorce meses atravesé los océanos Atlántico y Pacífico a bordo de buques cargueros; el Amazonas, en barquitos; navegué por Indonesia en un velero; recorrí el desierto australiano en autocares, y crucé China y Siberia en ferrocarril. Pero siempre existe una evolución técnica que puede transmitir la impresión de que se dejan algunas cosas atrás. Además, hay quien, gracias a los adelantos, convierte el planeta en una especie de Disneylandia, de parque temático, quedándose solo en lo superficial.

– ¿De qué depende, entonces, la bondad de los adelantos técnicos?

– Como todo, del uso que se le dé. Los avances están ahí, y no los podemos dar la espalda. En algunas cosas, las distancias no han cambiado. En otras, sí. Cuando fui a la India por primera vez, en 1976, recibía cartas de mi familia con tres meses de retraso, a veces con recortes de prensa so-

cordó las capitales europeas: metro, taxis, edificios de oficinas, franquicias como Starbucks...

– Lo chocante es que, “allí”, el café esté a precios de “aquí”, siendo legión quienes no se lo pueden permitir.

– Efectivamente. En esos locales, un café y un trozo de tarta cuestan las ganancias íntegras de un campesino tras un mes de trabajo.

– Pero China representa el futuro, opina usted en su libro.

– Hay muchas Chinas, una capitalista, que aporta el dinero, y otra más rural, donde no se ha roto con la tradición de una forma tan abrupta. Desde luego, nosotros no sabemos qué pasa allí para impartir lecciones. Es un país muy antiguo y muy delicado que no podemos juzgar como si fuera una más de nuestras democracias. Y no es un caso aislado. Sucede lo mismo en otros lugares.

– ¿Podría citar alguno?

– En Laos, por ejemplo, un café cuesta un dólar, cuando la gente se da con un canto en los dientes si gana cuarenta al mes. Pero con la excusa de esas desigualdades, damos alas a nuestra afición a dar lecciones a los demás. En el pasado, los quisimos convertir al cristianismo, y ahora les queremos vender el paquete completo de democracia y liberalismo, sin tener en cuenta su historia y sus peculiaridades, como si el mundo fuera homogéneo.

– Telenovelas venezolanas en Indonesia y un elefante en Bangkok con un catadióptrico (aparato refractante) prendido en el rabo. ¿Es lo más extraño que contempló?

– Lo que más me impresionó no fue una imagen, sino una conversación: en Panamá conocí a un español que decía haber traficado con armas para la “contra” nica-



Josep Maria Romero acompañado por los responsables del vagón del ferrocarril Transmongoliano en el que recorrió grandes extensiones de Asia.

ragüense. Aseguraba que no lo volvería a hacer, aunque con lo que obtuvo, pudo montar la empresa con la que hoy se gana la vida. Cuando cerró el trato, le mostraron dos fotos como aviso: eran sus hijos, camino del colegio.

En la Guayana francesa, por citar otro caso, me topé con un microcosmos en el que habitan, entre otros, mi amigo el escritor Carles Santasusagna y criminales que se han querido regenerar en la selva. Las personas son fascinantes. Marineros, mendigos, limpiabotas, empresarios, compañeros eventuales...

– En su obra, son ellas, las personas, las verdaderas estaciones del viaje, más que los kilómetros que recorre...

– Exacto. Y cada persona vive una normalidad distinta. Nosotros podemos ver su existencia cotidiana como algo curioso, folclórico, pero para ellos es tan normal como pueda serlo nuestra vida. La señora de la cultura akha que vende pinchitos de murciélago en un

puestecillo callejero ha crecido así. Para ella no se trata de algo pintoresco, sino de la vida real; su vida. Si logras que ese convencimiento se te meta en la piel, la realidad se ve de otra manera.

– ¿Y ni siquiera tiene la necesidad de contar los países que atravesó?

– No, no la tengo. Nunca me he puesto a contarlos. ¿Qué haría, poner en el mismo “saco” China y Surinam? ¡Qué barbaridad!

– ¿Prefiere pensar que recorre territorios, en vez de mapas políticos?

– Las clasificaciones valen para lo que valen, pero a veces desvían de la realidad y confunden. Nos gusta clasificarlo todo: tantos países, tantos estados, tantos...

– Conoció un mundo “calido e irracional”. Descubrió “shangri-las ocultas” y “finisterres llenos de sueños”. Pero lo atracaron una vez y le intentaron estafar varias más, pasó miedo e inquietudes, enfermó, sufrió la burocracia y se batió “como un general

en retirada”. Y cuando terminó su periplo, lo primero que se preguntó fue: “¿Y si volviera a comenzar?”

– Eso es lo que me mueve: volver a comenzar. Pero, incluso si intentara repetir el viaje, sería diferente. “Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río”. El viaje no se acabó nunca, sino que dio comienzo a otro: el libro y la tarea de dar forma a las notas que tomé durante aquellos catorce meses.

– Sostiene que ya no viaja como un vagabundo itinerante.

– Así es, prefiero “anclarme”, pero no en el sentido de acomodarme, sino de vivir la ilusión del expatriado. Conocer gentes y lugares. Volver año tras año. Ten-

go un pacto: trabajo seis meses como guía, y paso tres o cuatro fuera. Viví el tsunami del año 2004 en Pondicherry, en el sur de la India, y he pasado los tres últimos inviernos en Laos, hasta poner el punto final a mi libro. Ahora tengo nuevos proyectos, una novela y un ensayo, y no descarto acabar yéndome a vivir a Oriente.

– “Soy un hijo del camino, la caravana es mi patria”, dice el protagonista de León el Africano, de Amin Maalouf. ¿Es también su caso?

– Sí. La frase acaba “y mi vida es la más inesperada travesía”. Me siento profundamente identificado con esa cita. ●

DOMINGO MARCHENA

LA VUELTA AL MUNDO A RAS DE SUELO

• Josep Maria Romero dio la vuelta a la Tierra durante catorce meses recorriendo 77.247 kilómetros, y volvió a repetirla varias veces a lo largo de los cinco años siguientes en sus retiros de Pondicherry y Vientiane, hasta fijarla sobre el papel. El resultado es el libro *Siempre el oeste*, editado por Revista ALTAIR (en catalán, Brau Editors). A lo largo de más de quinientas páginas, con un estilo austero y efectivo, relata cómo cruzó el Atlántico y el Pacífico, navegó el Amazonas, y visitó islas paradisíacas y ciudades enmarañadas.